

el fraude lo elevarán quizá á los altos puestos de la Nación, en donde solo estará colocado, para que sus vicios se hagan mas patentes, al par que de mayores trascendencias. ¡Hecho bien triste y que es, por desgracia, ya comun en nuestros dias.

Quiero suponer, sin embargo, que al despedirse de las aulas ese jóven de poderosa inteligencia y de talento reconocido, lleve atesorados vastos y profundos conocimientos. Durante el curso de sus estudios, se ha hecho un profundo matemático; conoce la naturaleza, sus fenómenos, sus causas y sus leyes; ha descendido hasta los senos mas profundos de la tierra y allí ha estudiado sus capas, sus fósiles, sus misterios todos; ha ponderado sus riquezas y analizado sus metales. Ha subido despues al alto cielo y recorrido las rutas de los ástros, medido sus moles inconmensurables, calculado sus distancias relativas, admirado sus armónicos giros. Conoce la estructura del cuerpo humano, y tambien el compuesto sustancial, el hombre mismo. Ha discernido todos los sistemas que la filosofia haya inventado desde sus primeros tiempos. Sabe, la historia de las naciones, sus vicisitudes, sus crisis, sus progresos: las legislaciones de todos los pueblos y sus sistemas políticos. ¿Queréis saber, sin embargo, quien es este prodigio de sabiduria? ¿Habladle de las matemáticas y es un positivista consumado; habladle de la física y se ha hecho un atomista y fatalista. Por la geología, es un ateo ó un panteista; la anatomia le persuade el sensualismo y

el determinismo: su filosofia le tiene convertido en un escéptico. La sociología y la jurisprudencia le constituyen comunista ó nihilista, á la vez que un político intrigante, trastornador de todo el organismo social. Y es, Señores, que, como ha dicho en 1851 un célebre individuo de la Academia Francesa, "las pasiones tienen una lógica insidiosa que inutiliza todas las reglas de la lógica comun... El "lógico es un hombre de bien que sabe raciocinar "con exactitud." Es tambien, que en medio de la pavorosa oscuridad de las pasiones, brilla la ciencia falsa, como brilla en tenebrosa noche la intensa luz del relámpago que se engendrará allá en el seno de una negra nube: instantánea y bulliciosa, deslumbra por un momento, para sumergir despues en tinieblas mas profundas; funesta, presagia nada mas que el trueno y la tempestad. No asi en el claro dia de una conciencia tranquila: la luz de la verdad es la luz pura del sol, hermosa, limpia é inmutable; los vientos, aunque recios, no la alteran: ella permanece invariable y fija siempre: ella ilumina lo mismo el oro y el cristal y el agua pura, que el fango y la podredumbre, y ni se envanece por lo primero, ni siente degradarse por lo segundo. La sabiduria del hombre recto, Señores, es constante, fija, limpia de errores y sensata. Ojalá me fuera permitido presentar á vuestra vista una sinópsis histórica de los extravios de la humana inteligencia. Allí veriais el origen de todos en el orgullo ó la sensualidad. Allí leeriais los nom-

bres de Salomon, Tertuliano, Arrio, Lutero, Voltaire, Rousseau, Laménais, Victor Hugo, Eugenio Sué, &c. designando otras tantas víctimas que nos revelan la influencia de las pasiones sobre el entendimiento. Veriais, que sus errores han nacido de aquellas, se han desarrollado también á su influjo maligno y que cuando no han podido atacarse por completo á su principio, no traen para la sociedad sino la anarquía, la revolución, el despotismo, la miseria y más aún, la corrupción moral. Veriais cómo la reforma luterana fué dando vida por grados sucesivos desde el calvinismo hasta el filosofismo que produjo en Francia la más loca excitación de las pasiones, haciendo prosternar frenéticas las masas ante una diosa prostituta: cómo siguiendo sus engendros monstruosos se trasformó por Fisch, Shelling y otros filósofos de Alemania en el más sofocante panteísmo idealista, que unido, en consorcio nefando, con las tendencias naturalistas de la filosofía francesa, abortó el nihilismo desesperante que hoy infunde pavor á todos los gobiernos del mundo.

Acaba de oírse en Roma una voz poderosísima que resonando por todas partes, denuncia el sistema, germen de tantos males, y da los medios para conjurar tan espantosos peligros. Leon XIII el grande manifestó con la más elocuente de sus palabras, cómo una moderna escuela reasume todos los errores que he enumerado; cómo se trasplantan á la práctica de la vida y cómo se introducen en las

costumbres, produciendo funestísimos resultados. Señala su origen en el orgullo, primera pasión del hombre ó pasión-príncipe como dice Lacordaire, y es natural: ella es casi siempre la fuente del error. Registrad la historia, Señores, y en sus páginas encontrareis la prueba mejor de mis asertos. Mirareis que la reforma con todos los matices que ha tomado en el curso del tiempo y los hábitos de los pueblos en donde se asienta, no ha dejado nunca tras sí más que la ruina y la desolación; obras sublimes del arte reducidas á escombros ó impalpables pavezas, la literatura corrompida, la filosofía en el fango del orgullo más indomable, y los cementos profundos de la sociedad destruyéndose á toda prisa: por donde quiera el espanto y el pavor, la miseria y la atonía de la inteligencia en el orden del verdadero progreso. ¡Temblor causa concebir á donde llegaría la humanidad en alas de su ciencia mentida y al impulso formidable de sus pasiones sin freno!

Contemplad sinó, con ánimo imparcial, el siglo XIX y decidme si hay avance en él ó retroceso. Yo no niego, Señores, por el contrario afirmo, apruebo y admiro los descubrimientos de la ciencia: lejos, muy lejos de mí el oscurantismo. Yo desafío al más entusiasta progresista para que compita conmigo en ardor por el impulso hácia adelante. Empero, Señores, os ruego me hagais justicia. ¡Es verdad que el vívido reflejo de las onzas de oro, el fogon de una locomotora ó de un horno de fundi-

cion no son la luz del progreso? ¿Es verdad que las alzas ó bajas de la bolsa no constituyen la ciencia? ¿No es cierto que convertir al mundo en el Olimpo de los Dioses, por medio del lujo deslumbrante, es retrogradar al paganismo? ¿Y cuál es la pasión de nuestra época, sino la codicia del dinero, y el desarrollo anormal del industrialismo, (que no hablo de la industria) como medio de adquirirlo y aumentarlo, la sensualidad grosera, que proclamando al hombre el Dios del universo, no le hace ya que piense sino en decorar magníficamente sus moradas, convirtiendo todo lo que le rodea en una especie de ensueño fantástico que le adormece con funesto paroxismo? Si pues, progresar es ascender, y ascender con vigoroso impulso hácia la perfección, se hace evidente que el descenso á plomo sobre el polvo del oro y la anestésia del espíritu, caracteres distintivos de la época actual, no pueden llamarse marcha hácia adelante, no merecen el nombre de verdadero progreso. Nuestro siglo está loco de pasiones y un loco nunca poseerá la ciencia. Sin embargo, Señores, es necesario confesar que tiene muchos rasgos de cordura; así lo han calificado notables alienistas; de manera que (como dice un escritor contemporáneo) si ofrece á nuestra vista la bruma aplomada del crepúsculo de la tarde, también ofrece los bellos celajes de la aurora. Si hay en él síntomas de una vitalidad poderosa y llena de porvenir que presagian el remedio pronto, el restablecimiento completo de la salud. Pero es-

tos cambios, rara vez se verifican dentro de la misma generación donde tuvo origen el mal; la que se levanta, nueva, ardiente y vigorosa, es la que lleva en su seno las esperanzas del porvenir. Nunca ha tenido pues, mas trascendente importancia la buena educación moral, que en esta época en que germinan con vigor poderosísimo, notables elementos de vida en las entrañas de nuestra dolorida sociedad.

Y cuanto me congratulo con vosotros, jóvenes del Liceo Católico, porque, en medio de la borrasca del siglo, teniendo que surcar el proceloso mar de la vida, cuando mas que nunca se encuentra empujado por los huracanes del error y de las pasiones, que se desatan por todas partes con inaudito desenfreno, habeis tenido el privilegio de embarcaros en un bajel, pequeño á la verdad, pero de construcción harto sólida: ha sido fabricado de propósito para resistir los embates de las olas: el piloto que le dirige es ya muy diestro: conoce los escollos en donde pudiera estrellarse y sabe evitarlos todos, dirigiendo el timon acertadamente. ¡No temais! Vosotros mismos lo habeis visto: hemos llevado feliz navegación y hacemos escala en un ameno puerto. Vais á descansar de las fatigas del camino; pero no creias que aquí es el término del viaje: os faltan todavía que recorrer largas distancias, y quizá, quizá, durante vuestra travesía, encontrareis peligros inminentes; mas permaneced tranquilos. Procurad al mismo tiempo que bebais con

afan en la copa de la ciencia, grabar en vuestro corazón, con indelebles caracteres, las benéficas y saludables enseñanzas de moralidad, que con paternal amor se os inculcan en este plantel, cuyos cimientos, no cabe duda, han sido zanjados por el espíritu de la caridad mas ardiente. No malogreis ni una sola gota del sudor precioso que brota de la frente de vuestros superiores: con el corazón angustiado á la presencia de los males terribles que os rodean, se afanan por apartarlos de vuestro lado, aun á costa de los mas duros sacrificios. ¡Dios bien lo sabe.....! Arraigad en vuestro corazón profundos hábitos de bien y vereis muy pronto, cómo la ciencia y la verdad se revelan á vuestro espíritu en toda su plenitud, en toda su pureza. Vereis tambien, que brota de entre vosotros el verdadero progreso y la sólida felicidad pública; porque entonces (sin que mengüe un ápice el orden material) cuando esteis ya constituidos en edad madura, cuando vuestras manos dirijan los destinos de nuestra sociedad, cuando vuestras costumbres influyan mas directamente sobre las de vuestros conciudadanos y formen, por explicarme así, la atmósfera de la época en que vivaís, entonces, repito, sin que el desarrollo material mengüe un ápice y por el contrario crezca, vereis asegurados, la autoridad paterna, el respeto filial, la fidelidad de los esposos: vereis afianzados, en la sociedad civil, la estabilidad de las instituciones, el respeto á las leyes, la sumision á los magistrados, la probidad en todas las

clases, la buena fé, el amor al trabajo y por último, la paz, bienes inestimables que, á los ojos de todo hombre sensato, constituyen la prosperidad de los pueblos.

Ya escucho, cara juventud, el fuerte palpar de vuestro corazón animado por el entusiasmo mas ardoroso: teneis razon; cesan por unos dias las fatigas escolares y enjugais el sudor de vuestra frente: se aproxima el momento en que la ceñireis con los frescos laureles que de justicia han merecido vuestros afanes. Mi corazón se encuentra hondamente conmovido por los recuerdos mas gratos: en estas mismas aulas, dentro de estos mismos muros he sentido tambien lo que vosotros sentís y mi pecho se halla henchido de gratitud hácia los dignos superiores que fundaron y dirigen el Liceo Católico, porque al suave arrullo de la sabiduria que brotaba de sus lábios y al delicioso calor de su ardiente caridad, se meció la cuna de mi inteligencia y de mi corazón. Id presurosos á recibir el premio de vuestros trabajos y conservadlo como un recuerdo de paternal amor.

—HE DICHO.

